

Prefacio

No sé si los recuerdos pueblan nuestra soledad, como suele decirse o, por el contrario, la hacen más profunda. Tampoco tengo claro que disfrutar o evocar nuestras memorias equivalga a vivir dos veces. De lo que sí estoy convencido es que nada subsiste del pasado, solamente olores y sabores, formas y aromas, más inmateriales, más duraderas, más fieles –y más vivos-, como si fuesen espíritus que aguardaran, tras la ruina de todo lo demás, a soportar sin doblegarse el inmenso y caótico edificio de nuestra existencia. Por supuesto que tengo la certeza de que es preferible olvidar y sonreír, que recordar y entristecerse. Pero en esto, como en todo, hay un término medio: vivir es recordar, y recordar es aprender, y que el aprendizaje o conocimiento son hijos de la experiencia –con sus aciertos y sus fracasos, con sus afanes y desencantos-, y si para llegar o aproximarse a este estado tienes que traspasar el cercado de vergeles y abismos –sin ánimo de autocomplacencia, regodeo o desquite-, vale la pena intentarlo. Por mí que no quede.

Nací en 1965, cuando la misión del hombre consistía en trabajar, dormir la siesta después de comer y hablar de fútbol y política con los amiguetes y la de la mujer en preparar la comida de su esposo e hijos, lavarles la ropa y ser una satisfecha espectadora en la cama. Por medieval que esta época pudiera parecer, en ella discurrieron mi infancia y mi adolescencia. Ahora, mirando hacia atrás, me doy cuenta de lo afortunado que fui por crecer antes de que se aboliera la infancia, antes de que los niños y niñas de diez años protagonizaran actos de lujuria de segundo grado. Durante los años anteriores a la pubertad las niñas era para mí una molestia menor, como podía serlo un patín perdido o la picadura de un mosquito. En mi niñez las muñecas todavía no eran anatómicamente perfectas y al contrario de cualquier chico de hoy de doce o trece años, yo nunca pensé en llevar a ninguna chica a la posición

horizontal... Sólo en ponerlas patas arriba de un empujón si se acercaban por el terreno de juego –era un enamorado de los deportes-. Y nunca entendí por terreno de juego una habitación a media luz. Éramos bastante ignorantes en este terreno, aunque no llegábamos al oscurantismo informativo de nuestro amigo Gordi, que a los trece años, sostenía, arrugando aquel suave cojín de carne bulbosa que formaba su entrecejo, y sin reservas de ningún tipo, la opinión de que las mujeres orinaban por el ano.

Os cuento esto para que tengáis la seguridad de que la persona a quien vais a leer no supo la verdad acerca de la reproducción humana hasta bien avanzada la década de los setenta, y que finalmente consiguió esa cómica información en la universidad de la calle y no en alguna de las esporádicas clases de Educación Sexual que recibíamos en el colegio, donde hasta el Papa se habría aburrido.

Un día, cuando tenía diez u once años, un muchacho mayor que yo, que estudiaba en mi mismo colegio, me dijo con una sonrisa despreocupada:

- ¿Sabes por qué el Hermano Andrés expulsó a mi hermana de la clase de Dibujo?
- ¿Porque no entregó las láminas?
- No, porque perdió la regla.

Encontré divertido el chiste porque me pareció que la regla era sólo algo circunstancial respecto al dibujo. Aunque su hermana hubiera perdido la regla, muy bien podía haber asistido a la clase con provecho.

Semejante inocencia tenía que desvanecerse, por supuesto, y la mía empezó a esfumarse en un cine donde se proyectaba una película titulada <<*Viaje fantástico al fondo de la mente*>>. Allí contemplé los talentos interpretativos de una actriz llamada Raquel Welch que parecía muy adecuada para el póster central del Semanario Nacional de Madres lactantes.

Mi conciencia embrionaria del sexo no despertó sólo gracias a la hinchida blusa de Raquel Welch porque, casi al mismo tiempo, otras imágenes lanzaban también toques de diana a mis hormonas. Siguiendo una sugerencia de aquel *educador* que me había contado el chiste de la regla, mis amigos y yo comenzamos a leer una serie de revistas de dudosa calidad literaria pero inequívoca cantidad ilustrada. Nuestras lecturas hasta la fecha se habían reducido a bastantes tebeos y cómics y a unos cuantos carteles publicitarios de carretera. Convertidos en devotos de la literatura, en 1976 ampliamos nuestras lecturas para incluir obras de ensayo. Llegados ya a los once años, renunciamos a los clásicos, a Kant y a Sartre para centrar nuestra atención en un libro llamado <<*El comportamiento sexual del hombre*>>, escrito por tres médicos norteamericanos. El libro era bastante largo, así que, siguiendo la sabia máxima china de que una imagen vale más que mil palabras, optamos por concentrarnos en las ilustraciones.

A los quince años aun pensábamos que la cumbre del erotismo era ver a Bo Derek en la playa emergiendo de una ola con la camiseta –como única prenda- empapada hasta los muslos, una escena que hoy encajaría perfectamente en *Barrio Sésamo*. A los quince años en el salón de actos del

colegio celebrábamos algunos guateques y yo asistía a todos, ya que normalmente formaba parte –debido a mis cualidades artísticas- del Comité de Decoración (Ay, aún siento el roce del papel de seda y confetti en mis dedos). A los quince años, era demasiado miope para esperar que alguna chica, por mucho que le gustara mi sonrisa, me entregara en un baile algo más que sus omóplatos giratorios.

Cuando yo era niño, Súper Mario era el nombre por el que llamábamos a un amigo nuestro del parque de Santa Margarita, que escalaba los árboles con una agilidad portentosa; pero ahora Súper Mario es una especie de Olimpiada electrónica para niños y no tan niños que se pasan horas y horas sentados frente a una pantalla de televisión llena de lucecitas intermitentes, como si fueran pequeños controladores del tráfico aéreo. Cada vez que los observo en el colegio donde doy clase, veo tal despliegue de coordinación entre manos y ojos que sólo me provoca un enorme sentimiento de agradecimiento. Cuando yo era niño, la coordinación entre manos y ojos sólo se necesitaba para meterle el dedo en el ojo a alguien.

¿Y qué puedo decir de todos los dones y valores que mi familia me ha transmitido? Comenzando por el obsequio que me hizo mi madre de un hermano mayor llamado Carlos, que me enseñó lo que significaba la frase <<que gane el mejor>>. Incluso en sueños mi hermano parecía odiarme a muerte. Supongo que nunca me perdonó por algo que le hice al principio de la vida: nací, y luego, para empeorar las cosas, me quedé. Siguiendo por todos esos momentos únicos, irrepetibles, intensamente compartidos alrededor de féretros, nichos e imágenes sagradas. Y concluyendo con esas frases, arengas y proyectos (“¿ese amigo tuyo es de buena familia?”, “¿Conocemos a su familia?”, “ Fíjate, cómo salió el chico, y eso que es hijo de maestros” “Venga, una carrera, y luego a calzarse la oposición: con la plaza de funcionario, a chupar del Estado toda la vida”, “Lo único que queremos es *colocarte bien*”) a

los que sólo se les podía reprochar una cosa: eran unos itinerarios de vida muy razonables, sensatos, ambiciosos y apropiados... para mis padres.

¿Y mi colegio? Salvo dos profesores – a los que dedicaré en el libro varias páginas-, fui a una escuela para maestros con trastornos mentales. Nunca, en todos mis años de escolaridad, pude certificar que los apuntes leídos por los profesores pasaran a través de nuestras mentes antes de llegar garabateados a nuestras libretas. “Leedlo en silencio durante media hora”, “Callaros y estaros quietos”, “Venga, dime todo lo que sepas”, “No quiero que se mueva nadie”, “Del 1 al 20 a este lado del pasillo, del 20 al 40 al lado contrario”, “Tras escuchar la sirena del patio, os alineáis en dos filas e inmediatamente para clase” parecían indicaciones más propias de una prisión que de una escuela. Incluso en algunos aspectos era más cruel que una prisión, porque en una cárcel, por ejemplo, no te obligan a leer, estudiar o representar textos y obras escritos por los guardianes y por el alcaide. Todavía –a día de hoy- no he podido elaborar un mapa completo de toda el área que ocupó mi ignorancia durante aquellos años; por el momento estoy explorando la periferia.

Los amigos, el cine, la música, la lectura y mis aficiones me han proporcionado los momentos más agradables. A través de la galería de recuerdos que ocupan las páginas de este libro, les rindo un sentido homenaje. Tomadlo como es: un testimonio –con propensión objetiva- de encuentros y desencuentros, de búsquedas ansiosas y escasas recompensas, de momentos únicos y fugaces emociones, de muertes y resurrecciones, de perder el tiempo haciendo naderías con mucho trabajo, de encogerse el alma al comprobar cómo todo pasa sin apenas dejar huella. Sólo es una rumia desprejuiciada de un puñado de anécdotas o querencias. Son textos ligeros, irrevocablemente

transitorios, pegados a la urgencia del día, puesto que es inútil hacerse el trascendental y gravoso cuando permanentemente se está a punto de ser barrido por el mañana.

Entonces ¿ Por qué y para quién hacer memoria? Tal vez estas páginas no sean más que otro mensaje de uno que se va a los que luego también van a irse. Mirar los tramos del camino recorrido, aunque sólo sea para comprobar que ya no está, que ha desaparecido dejando tenues e irrelevantes sombras. A cualquiera le pasa, desde luego, pero no deja de ser impresionante. A eso, a lo perdido, a la perdición constante, a los abandonos, nunca me acostumbraré.

Vida. Debe ser esto: Una sucesión de instantes recordados, simples retales de tiempo que el olvido va difuminando con el paso de los años. Constantemente lo he sentido mientras escribía estos recuerdos: una involuntaria melancolía que fue para mí como una especie de prótesis espiritual. También he comprobado que mi vida carece de hazañas insólitas, fechorías sobrecogedoras o intuiciones geniales. Es corrientita y carente de esos episodios trascendentales que remedian en ocasiones con su maravilla incluso las deficiencias narrativas. Lo que me ha pasado puede ocurrirle a cualquiera y sin duda es patrimonio de muchos. No refiero toda la verdad, pero creo que lo que digo es bastante verdadero siempre. A veces poetizo o interpreto un poco, aunque nunca demasiado. Si no fue así, fue más o menos así. Y si resulta que miento, sin duda el primer engañado soy yo.

¿ Por qué he *aprendido* tan poca cosa de lo que ayuda a vivir mejor y morir resignadamente? ¿ Por qué permanecen intactas tantas obsesiones, tantos furores y alarmas, tanta ansia por hacerlo todo bien que la frecuentación habitual del mundo debería haber limado? ¿ Por qué no he logrado cambiar más? ¿ Debería entonces empezar de nuevo, buscar otro ángulo de aproximación que se me ha escapado? O, mejor, borrarlo todo.

Sólo tengo seguridad de dos claves o respuestas a todo este meollo que nosotros mismos urdimos sobre el misterio de la vida: La salud y el sentido del humor. El sentido del humor es el tono básico, el color esencial que ha barnizado mi vida en los momentos gratos y amargos, y la salud, ah, la salud. La salud mental y física es lo que da sentido a todo.

En resumen: noto como si aumentase la insipidez y por tanto tuviese cada vez mayor dificultad en saborear lo que siempre me ha parecido sabroso. Para nuevas delicias, tengo poco paladar. Y eso me asusta un poco. Sin embargo, aún disfruto con los libros y las películas, con algunos partidos de fútbol, con las charlas con mi amigo Dani, con lo que comparto con mi mujer y mis hijos. Soy optimista por naturaleza, y aunque soy consciente de que volver la vista atrás es una cosa y marchar atrás, otra, me gustaría que alguien recogiese aquellos momentos, minuto a minuto, los metiera en un sobre y los deslizase por debajo de la puerta siempre entreabierta de mi melancolía. Y que no venga ningún estúpido amargado a decirme que la nostalgia es castrante, con sabor a sopa recalentada y a pan reseso. Mi pasado es mi presente. Yo soy así porque viví eso.

Estos momentos no son más que reconstrucciones literarias a partir de algunos granitos de arena enquistados en mi registro del pasado y que me empeño en convertir en perlas. Cultivadas, artificiales si hace falta. Son o pretenden ser las *llaves maestras* que han abierto casi todas las cerraduras que la ignorancia sincera y la estupidez concienzuda han colocado en mi camino, tratando inútilmente de interrumpir mis avances. Creo que todo lo que narro es verdad, aunque no siempre sea exacto. Sólo recogeré restos del naufragio en las páginas sucesivas, lo que trae la marea, lo que aún no se ha llevado la resaca. Las fechorías del tiempo. Este libro no trata de mí, sino de lo que el tiempo ha hecho conmigo.

Lo que me gustaría conseguir con este libro es que dentro de muchos años mis nietos o mis bisnietos lo descubrieran de nuevo en un estante de la biblioteca de mi casa o en una caja en el trastero, se sentaran a leerlo en un sofá cómodo, a la luz canela del atardecer, y experimentarían lo mismo que sentía su abuelo y bisabuelo cuando, con diez u once años, tenía entre sus manos las maravillosas historias de la colección “Joyas Literarias Juveniles”, en las que amigos y maestros queridos como Julio Verne, Charles Dickens, Alejandro Dumas o Walter Scott nos enseñaban en sesenta páginas ilustradas lo que con gran trabajo nos enseña la experiencia en sesenta años. Mucho más que entretenimiento. Entonces leer aquellos fascículos que abreviaban la obra original, sin que ésta perdiera rigor argumental y sí ganase ritmo narrativo, era como pasear por un cuadro de Renoir. También el autor de estos relatos intuía que el saber es recordar.